

orden y cobrar

el resto

PERDER Y COBRAR EL CETRO.

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

ACTORES.

EL REY LUIS XV.	<i>Don Julian Romea.</i>
EL MARQUES DE COSSÉ.	<i>Don José Garcia Luna.</i>
EL VIZCONDE DE LANSAC.	<i>Don Florencio Romea.</i>
EL MARQUES DE CHATENAY.	<i>Don Manuel Garcia.</i>
EL MARQUES DE MEULAN.	<i>Don José Díez.</i>
EL MARQUES DE CHOISI.	<i>Don Lorenzo Paris.</i>
LA REINA.	<i>Doña Matilde Díez.</i>
LA DUQUESA DE GRAMMONT.	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
RAMPONNEAU.	<i>Don Antonio de Guzman.</i>
LISETA.	<i>Doña Concepcion Valero.</i>

DAMAS DE LA CORTE, CABALLEROS, MÚSICOS, BAILARINES &c.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

El teatro representa el jardín de la fonda de Ramponneau: á la derecha hay un pabellon con ventana que se abre frente al público, y puerta que da á la escena. Un cenador con mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

LISETA. RAMPONNEAU.

Ramponneau. Liseta...! Liseta...! has dispuesto ya las cosas en el pabellon?

Liseta. (*Saliendo del pabellon.*) Sí, padrino; el caballero y la señora pueden llegar cuando quieran.

Ramponneau. El caballero... la señora... Y de dónde sacas eso? Yo no te lo he dicho: precisamente la reserva es mi virtud favorita.

Liseta. Toma! yo lo he adivinado por la mantelería que me habeis hecho poner... y por la vajilla de porcelana, que no sale sino cuando repican gordo. Si la mesa fuera para gente de poco mas ó menos, ya me hubierais dicho: Liseta, saca los manteles del número 2 y loza ordinaria; pero cuando salen los adamascados... fijo! tenemos señores de la corte. Si serán como los que vinieron ayer al belveder, que se estuvieron cenando hasta las cuatro de la mañana. Ay! yo no sé cómo hay gentes que pueden estarse comiendo tanto tiempo: qué hambre traerian!

Ramponneau. Liseta...! silencio...! charlatana! Mira que si no te enmiendas te vuelvo á enviar á tu aldea. Tu cu-

riosidad y tu charlar han de hacer que me soplen en la Bastilla, sin que me valga la reserva, que es mi virtud favorita.

Liseta. Toma, padrino! cuando una ve... lo que ve...

Ramponneau. Tú no debes ver nada: las personas que vienen á la fonda de Ramponneau no quieren que las vean... ni que las oigan.

Liseta. Y si hablan, yo qué he de hacer? El otro dia le decia un señor á una señora gorda...

Ramponneau. No quiero saber lo que le decia. Mira, Liseta, que si sigues asi, te meto en el carro y te vas á tu pueblo!

Liseta. Bien, padrino, bien: no volveré á ver, ni á oír nada... Y decidme, voy á servir yo á los del pabellon?

Ramponneau. No: soy yo quien los va á servir.

Liseta. Cuánto lo siento; porque entonces...

Ramponneau. Liseta...! lárgate de aqui.

Liseta. Ya me voy, padrino, ya me voy. (*Se va por la izquierda.*)

ESCENA II.

RAMPONNEAU.

Tendré al fin que deshacerme de esta muchacha: si no, me va á arruinar con su flujo de charlarlo todo. Y ahora que mi negocio va viento en popa... pues no sería un dolor! Mi fonda es el cuartel general donde se reune la flor y la nata de la corte y de la villa: aqui es donde se cruzan cuantas intrigas amorosas hay en Versalles y en París, sea entre señores, sea entre gente llana, y no hay ninguna que no me produzca buenos luises de oro. Seguro! á la vuelta de media docena de años soy uno de los hombres mas ricos de Francia! — Ay! Dios mio! qué es lo que veo venir...? el peor de todos mis parroquianos...! el mayor calavera del reino...! el vizconde de Lانسac... que le llaman por mote *la gacetilla del rey*. Me estremezco cada vez que viene, porque no hace mas que andar averiguando aventuras escandalosas, para ir luego á divertir con ellas al rey. Decian que se iba á casar, y me habia alegrado mucho, porque asi le perderia de vista.

ESCENA III.

EL VIZCONDE DE LANSAC, *que viene de la izquierda.* RAM-
PONNEAU, *saludándolo.*

Ramponneau. Qué desea tomar el señor vizconde de Lansac ?

Lansac. Café bien cargado, á ver si se me quita el mal humor, que hoy le tengo muy subido de punto.

Ramponneau. Si el señor vizconde gusta de pasar á la sala?

Lansac. Qué sala! Bastantes salas veo á todas horas en Versalles, en París... donde quiera que mis funciones de gacetilla del rey me hacen acompañar á S. M. Aqui me vengo á estar un rato al aire libre, entre los árboles y las flores... y á averiguar historietas divertidas: á ver, cuéntame todas las que sepas: iré haciendo apuntaciones para divertir al rey á su vuelta. Veamos: qué ha ocurrido de nuevo desde mi última visita? cuántas intrigas amorosas has visto? Y cuidado, que necesito saber el nombre, apellido, edad y profesion de los interesados: sin eso, no tiene importancia en la corte la crónica escandalosa: vamos, dicta.

Ramponneau. El señor vizconde siempre está de broma! La reserva es mi virtud favorita...

Lansac. Tunanton! buena reserva es la tuya. — Ea, anda á pedir el café, y haz que me lo traiga tu ahijada Liseta.

Ramponneau. Pero, señor vizconde...

Lansac. Despacha, bribon! Tengo que estar en Versalles para cuando llegue el rey. Oh! si no se encontrara allí con su gacetilla, estaria de mal humor todo el dia.

Ramponneau. (*Aparte.*) Siendo asi, le despacharé pronto, para que se vaya cuanto antes. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL VIZCONDE.

(*Sentándose.*) Pues señor, hoy es dia de aventura. Esta mañana, en Versalles, durante la ausencia del rey, voy á hacer una visita á la señora de mis pensamientos, á la amable duquesa de Grammont; y al entrar me encuen-

tro con el ministro, tío de entrambos, que salía de verla, y me dice: “Te esperaba con impaciencia; quería hablarte, pero tengo que ir á recibir al rey á Saint-Cyr, y en ese papel te he escrito lo que quería decirte: vete á París, entra en la fonda de Ramponneau, y así que estés allí, abre el pliego y haz lo que en él te encargo.” Dicho y hecho: corro á París, llego á la fonda indicada... (*Abriendo la carta.*) y abro el pliego. (*Lee.*) “Querido sobrino: eres positivamente un calaveron deshecho...” Y para esto me hace correr hasta París! pues bien podía habérmelo dicho en Versalles.—“Y solo un casamiento puede poner término á tus locuras.”—Corriente.—“Lo he reflexionado bien, y trato de casarte con tu prima...”—Oh! divino!—“Y pagar los cincuenta mil escudos que debes.”—Escelente!—“Esto es, si consientes en darme una prueba positiva de tu afecto.”—Qué diablos querrá...? esto va siendo interesante.—“Lee con reflexion, y entiende lo que te digo.”—Me gusta la advertencia!—“Esta noche, aprovechando la ausencia del rey, el marques de Cossé y cierta dama poderosa, disfrazada de costurera, han dispuesto ir á cenar á la fonda de Ramponneau, á la hora del baile. La referida dama es mi mortal enemiga, y se me presenta una buena ocasion de hacerla perder la gracia del rey...” (*Sigue leyendo para sí.*)

ESCENA V.

LISETA. EL VIZCONDE.

Liseta. (*Con servicio de café, que pone en la mesa.*) Aquí está el café: perdonad si he tardado: lo han estado calentando... y me he detenido un poco escuchando una riña de dos personas...

Lansac. (*Leyendo.*) “La dama de quien te hablo es nada menos que la reina. Escusado es decirte que quemes este papel en cuanto lo leas.”—La reina! Mi tío se ha vuelto loco! Quiere que me encierren en la Bastilla?

Liseta. Señor vizconde, que se enfria el café.

Lansac. Me he quedado lelo! Luchar con la reina! si nos sale mal, somos perdidos; porque la regia señora no suele perdonar. Por qué se le habrá ocurrido á mi señor tío cobarde mano de mí para semejante empresa? (*Se*

sienta.) Por otra parte, si triunfamos, logro vengarme de ese marques de Cossé, que me disputa la mano de mi prima... Y luego, me encuentro con mis cincuenta mil escudos de deuda pagados...! (*Levantándose.*) Pues señor, me decido; manos á la obra.—Lo esencial es no dar el golpe en vago: hacer que el escándalo sea muy público... y la reina cae.

Liseta. (*Tocando la taza.*) Pues! Ya está frio!

Lansac. Qué haces aqui tú?

Liseta. Nada, señor: el café está ya como la nieve: voy á ponerlo á la lumbre.

Lansac. No es necesario. Liseta...! Liseta...! ven acá.

Liseta. (*Volviendo con el café.*) Qué mandais?

Lansac. Dime, Liseta: no le han encargado á tu padrino que disponga una cena escogida para dos personas?

Liseta. Sí, señor: vaya! en ese pabellon: yo he puesto la mesa. Y qué cena! faisanes... helados... qué sé yo! cena de príncipes...! y con mucho secreto.

Lansac. Con secreto, eh?

Liseta. Pues! Y todavía no han venido.

Lansac. Bien, vete. (*Se aleja Liseta.*) No hay duda: ese es el pabellon donde ha de venir Cossé. Pues señor, vamos á reunir á los amigos que han de ayudarme. Hasta despues, Liseta. (*Se va.*)

ESCENA VI.

LISETA.

Qué tiene el señor vizconde...? Siempre tan alegre, abrazando á las muchachas... Y hoy con una cara...! Ni me ha dado propina, como hace siempre... Aqui se ha dejado el café sin catarlo... Algo tiene...! algo tiene!

ESCENA VII.

LISETA. RAMPONNEAU.

Ramponneau. Ya tengo colocados á los músicos: el baile de esta noche será muy concurrido: cuánta gente ha entrado á los jardines! Qué veo...! un coche llega á la verja...! Son sin duda los del pabellon. Liseta, anda á

decir que sirvan la cena que se ha encargado... y quédate en la cocina.

Liseta. Que me quede...? Pero, padrino...

Ramponneau. Liseta! mira que te mando al pueblo!

Liseta. Ya voy, padrino, ya voy. (*Se va.*)

ESCENA VIII.

RAMPONNEAU. Luego EL MARQUES DE COSSÉ, y LA REINA.

Ramponneau. Estos deben ser personajes de alto coturno!—Qué veo! una costurera...! (*Cossé está sencillamente vestido: la reina, de costurera.*)

Cossé. Sois vos el señor Ramponneau?

Ramponneau. Servidor del señor... del señor... Qué título he de dar á su señoría?

Cossé. Ninguno, y será lo mas cómodo.

Ramponneau. Ninguno? (*Aparte.*) Este es algun príncipe, lo menos! (*La reina está examinando el jardín.*)

Cossé. Señor Ramponneau, supongo que os han encargado de mi parte una cena...

Ramponneau. Sí, señor: en ese pabellon.

Cossé. Y está todo dispuesto?

Ramponneau. Todo está ya hace tiempo, y de una manera digna de vos. (*Aparte.*) Alguna jóven que ha seducido... pobrecilla! inocente paloma!—Pero á mí qué me va ni me viene...? La reserva es mi virtud favorita.—Voy á mandar que saquen la cena al instante. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IX.

EL MARQUES DE COSSÉ. LA REINA.

Reina. (*Con júbilo.*) Con que ésta es la famosa fouda de Ramponneau! Cuántos años hace que estoy oyendo hablar de ella en la corte.. y qué curiosidad tenia de conocerla! Este el sitio de las intrigas, de las citas amorosas de los cortesanos y del pueblo!

Cossé. Sí, señora: este es el sepulcro de muchas honras!

Reina. Dejaos de filosofías ahora, Cossé. Estoy loca de contento...! verme aqui por primera vez, libre, sin etique-

ta, sin ceremonia... corriendo ignorada entre los árboles, como una simple pastorcilla... Ah! no me cabe el corazón en el pecho!

Cossé. Dios quiera, señora, que la empresa no tenga malos resultados!

Reina. Callad, *Cossé*, y no acibareis con esos temores el placer que siento. Mirad, mirad allá abajo el columpio...! si yo me atreviera...

Cossé. Señora...! estais en vos! Ese es sin duda el columpio de donde se cayó el año pasado la condesa de Egmont... que tambien vino aqui disfrazada como V. M.

Reina. Es verdad...! y qué caída dió!

Cossé. Y qué escándalo dió en la corte!

Reina. No, no, no me atrevo...! no quiero esponerme. Pero todo lo he de recorrer... Ah! qué feliz soy aqui!

Cossé. La alegría que brilla en los ojos de V. M. casi me hace olvidar los peligros que corremos.

Reina. Teneis mucho miedo, *Cossé*.

Cossé. Por V. M., señora...! Por mí, poco importaba.

Reina. Tranquilizaos: he tomado precauciones. El rey está en Rambouillet, y yo me retiré á mi cuarto diciendo que tenia una gran jaqueca. Ay! *Cossé*, qué buen recurso es la jaqueca! Cómo se libraria una de los pretendientes importunos, de los palaciegos tenaces, de los poetas enojosos, sino tuviera á mano las jaquecas?

Cossé. Es cierto: con ellas se espanta aun á los maridos...

Reina. Y aun á los reyes.

Cossé. Y no teme V. M. la indiscrecion de algun criado?

Reina. Todos me son fieles, porque los pago bien; y ademas ninguno sabe esta escapatoria: me he fiado solamente de la vieja Serafina, que es la única que me desnuda y se está junto á mi cama hasta que me duermo. Asi que me quedé con ella me vestí este traje, y sali por la escalerilla reservada de palacio...

Cossé. Alli estaba yo con un modesto coche de alquiler...

Reina. Qué horrible coche...! qué movimiento...! Ay! *Cossé*! qué infeliz es el pueblo...! tener que ir en semejantes carruages!

Cossé. Señora...! y los que no van en ellos...

Reina. Por qué?

Cossé. Porque van á pié!

Reina. Es verdad!—Pues mira, mas felices me parecen

esos. A pié...! Suelos, libres... corriendo por el campo...
recibiendo el sol, el polvo, la lluvia...! qué felicidad...!
No es cierto...? Responded...! Me oís con una frialdad...!

Cossé. Veo, señora, que es ley de la humanidad envidiar lo que no se tiene. Si yo repitiera en público esas palabras que acabais de pronunciar, las tendrían por exageradas é inverosímiles. Bien que nada lo parecería, sabiendo que yo, el marques de Cossé, habia pasado una noche en la fonda de Ramponneau!

Reina. Oh! lo tengo por mi mayor triunfo! Un hombre cuya severidad es proverbial en la corte de Versalles! un hombre á quien llaman el filósofo...! hacer esta calaverada...!

Cossé. Al saber que venia acompañando á V. M., señora, el censor mas adusto tendria que disculparme.

Reina. Jesus! y hasta galante os habeis vuelto! Pues para pagaros en la misma moneda, os diré que á esa opinion que disfrutais debeis esclusivamente el desliz en que habeis caido.

Cossé. Qué quereis decir, señora?

Reina. Que á ninguno de esos palaciegos disipados, aturdidos, con quienes padece siempre la reputacion de una muger, hubiera yo dado esta prueba de confianza; y he querido fiarme de vuestro honor... por lo mismo que sois el único que ha tenido valor para desaprobare en público el influjo que ejerzo en el ánimo del rey.

Cossé. Señora... os han dicho...

Reina. Asi he querido vengarme de vos: haciendo que me ayudeis á una calaverada. Y con todo vuestro juicio y vuestra filosofía habeis tenido que ceder á mi capricho. Ahora creo que disculpais la condescendencia del rey conmigo.

Cossé. Ah! señora...!

Reina. Y tambien estais sufriendo el castigo; porque la verdad es que correis peligro de ir á la Bastilla.

Cossé. Señora! alli pasaria feliz toda mi vida... si fuese en compañía de V. M.

Reina. La Bastilla y su amor...! Estais desconocido, marqués de Cossé...! y me envaneceis de mi conquista hasta un punto...! (*Le alarga la mano y Cossé la besa con respeto.*) Pero cómo es esto...? Yo creía que estabais enamorado de la hermosa viuda del duque de Grammont?

Cossé. Señora... ya que V. M. me permite hablar de otra hermosura... delante de una que las eclipsa á todas... diré que es cierto.

Reina. Y no os corresponde?

Cossé. Señora... no me atrevo á creerlo...! Ya conoce V. M. su altivez... su orgullo...!

Reina. Sí, sí: tiene una dosis algo excesiva. Pero por lo mismo, es una conquista digna de vos... y yo creo que al fin no podreis menos de triunfar.

Cossé. Ah! señora...! V. M. es ahora quien me envanece...
(*Besándola otra vez la mano.*)

ESCENA X.

DICHOS. RAMPONNEAU. CRIADOS.

Ramponneau. (*Ve la acción, y vuelve la cara.*) Yo no veo nada: la reserva es mi virtud favorita. — Señor, la cena está en la mesa. (*Los criados han entrado con fuentes cubiertas en el pabellon, y vuelven á salir.*)

Cossé. Venid, señora.

Reina. Señor Ramponneau, he visto al entrar muchos pobres á la puerta.

Ramponneau. Señora, eso es porque hay muchos ricos dentro: es una muestra que da crédito al establecimiento.

Reina. Pues haced que les den una cena digna de vuestra fama.

Cossé. (*Dándole un bolsillo.*) Tomad; y que á los postres repartan entre ellos lo que sobre de ahí.

Ramponneau. Ay! Señor! cómo van á pedir á Dios por... desgraciadamente no sabrán por quién.

Cossé. Decidles que pidan... por la linda costurera de Versalles: ya sabrá Dios de quién se trata, y basta. (*Entran en el pabellon: Cossé abre la ventana, y se ve una mesa ricamente cubierta.*)

ESCENA XI.

LOS TRES en el pabellon: LANSAC, CHATENAY, MEULAN, CHOISI, que salen por la izquierda.

Lansac. Chit...! poco á poco...! Observemos con disimulo.

Ramponneau. (*A Cossé.*) Aquí está el cordon de la campanilla; si se ofrece algo, llamad: yo andaré por aquí cerca. (*Sale del pabellon, y cierra la puerta: Cossé echa el cerrojo, vuelve á la mesa, y se asoma á la ventana para hacer una advertencia á Ramponneau.*)

Cossé. Ah! — Ramponneau...! No abro á nadie mas que á vos: cuando vengais, dad tres golpes.

Ramponneau. Bien está.

Lansac. (*Aparte.*) Es el marques de Cossé!

Los tres marqueses. Es Cossé!

Lansac. Ramponneau, á ver si nos tracs ese vino de Champanña.

Los tres. Pronto, pronto!

Ramponneau. Al instante lo van á llevar allá, al belveder.

Lansac. No: hemos mudado de parecer: queremos que nos lo traigan aquí.

Chatenay. Queremos disfrutar el fresco de la noche.

Mculan. Aquí lo esperamos: bajo este cenador.

Ramponneau. Este sitio está ya reservado para unos señores.

Chatenay. Pues envíalos al belveder.

Ramponneau. Pero, señor marques, ya sabéis que la reserva es mi virtud favorita...

Mculan. Y qué tiene que ver tu reserva con...? Vamos, vamos, sírvenos, que aquí hemos de pasar la noche. (*Siéntanse bajo el cenador.*)

Ramponneau. Yo creo que no hay peligro: estos no deben conocer al que está en el pabellon. Y ademas que, segun acostumbran, no tardarán en ponerse alegres, y ya no estarán en el caso de conocer á nadie. — Ea, vamos á hacer que empiece el baile. — Vuelvo al momento, señores. (*Se va.*)

ESCENA XII.

EL VIZCONDE. LOS TRES MARQUESES.

Lansac. Pues señor, no hay duda que es Cossé. Ahora nos falta averiguar quién es la dama que ha traído.

Chatenay. Uno de los mozos me ha dicho que es una costurera.

Meulan. Costurera...? no puede ser! Se habrá puesto ese disfraz; pero es sin duda una dama.

Choisi. Bien; pero qué dama?

Lansac. Ya lo sabremos. Ese pabellon no tiene mas puerta que aquella: con que en estándonos aqui firmes, logremos al fin quitar la máscara al señor filósofo, al moralista de la corte.

Chatenay. Al hombre irrepreensible!

Lansac. Al varon perfecto!

Meulan. Yo no le puedo ver!

Choisi. Ni yo!

Chatenay. Ni yo! Un hombre que no tiene defectos...

Meulan. Eso es humillante para nosotros...

Lansac. Que tenemos tantos!

Reina. (*En el pabellon.*) Si los que andan por el jardin llegaran á sospechar quién hay en este pabellon...!

Lansac. (*En voz baja, levantándose.*) Chit...! Silencio...! la dama está hablando!

Todos. Escuchemos! (*Se levantan y acercan de puntillas al pabellon. — Un mozo saca botellas de Champaña y copas.*)

Reina. No se armaría... (*En este momento rompe la banda de música, tocando contradanza.*)

Lansac. No se entiende una palabra!

Choisi. Maldito sea el baile!

Una voz. (*Dentro.*) Contradanza!

Meulan. Van á vailar: bebamos mientras dura la contradanza. (*Siéntanse y beben. — Las últimas parejas de la contradanza se dejan ver, colocadas á la izquierda en último término, y suponiéndose que continúa la colocacion hácia adentro. De cuando en cuando aparece la pareja que baila, y hace figuras con las que estan á la vista.*)

Reina. Si vierais, marques, qué alegría me causa el sonido de esta música campestre...! Yo no me puedo contener...! Vamos á bailar.

Cossé. Señora! bailar...! Estais en vos?

Reina. Pues á qué hemos venido aqui?

Cossé. Y con quién habeis de bailar?

Reina. Con vos, señor filósofo.

Cossé. Conmigo...? Señora! si yo no he bailado en mi vida!

Reina. Y qué importa!

Cossé. Pero, y si alguno os conoce?

Reina. Qué disparate! Yo casi nunca salgo de Versalles... además, es de noche... y con este traje... quién se ha de figurar...! allí confundidos con la multitud...

Cossé. Sin embargo, señora... yo no me atrevo...

Reina. Vamos, Cossé, no me negueis este favor...! Es una tentación que no puedo resistir. Yo me taparé la cara con este abanico, y nadie me verá.

Cossé. El remedio es peor, señora! No veis que es un abanico de corte, que nadie usa mas que las damas de palacio, y llamará mas la atención?

Reina. En fin... es un capricho... estoy resuelta á hacerlo.

Cossé. Si V. M. se empeña, solo me toca obedecer.

Reina. (*Levantándose.*) Oh! qué placer!

Cossé. Salgamos con precaucion. (*Abre la puerta.*)

Reina. Cuánto voy á gozar!

Cossé. Dios quiera que no os pese! (*Sale delante y ve á los marqueses.*) Cielos! — (*Volviendo con prontitud á la reina.*) No salgais!

Reina. Gran Dios! (*Cierra la puerta y la ventana.*)

ESCENA XIII.

COSSÉ, EL VIZCONDE, y LOS TRES MARQUESES.

Lansac. Por San Dionisio nuestro patron! El marques de Cossé...! Cómo habia de figurarme encontrarle en la fonda de Ramponneau!

Meulan. Jesus...! el filósofo de Versalles!

Chatenay. Con quien son niños de teta los siete sabios de Grecia!

Cossé. El filósofo, señores, puede serlo en todas partes; y el observador moralista puede venir á buscar en estos sitios ciertos tipos originales que no halla en la corte.

Meulan. Es muy posible; pero el moralista que viene á entregarse á sus observaciones, debe venir solo.

Cossé. Y quién os ha dicho que yo vengo con nadie?

Lansac. En primer lugar, hemos oido ahí dentro una voz de muger: y además, vos, al salir, habeis dicho: "no salgais!"

Cossé. Yo...!

Chatenay. Sí lo ha dicho!

Meulan. Sí lo ha dicho!

Choisi. Sí lo ha dicho!

Cossé. Basta, señores: me doy por convicto; el sabio puede tener sus debilidades... como los demas hombres: y ademas, no creo que el amor sea un delito, cuando es la principal ocupacion en este siglo, y da el ejemplo nuestro rey, que quiere imitar á su galante predecesor Enrique, de gloriosa memoria.

Lansac. Es verdad; pero quizá nuestro augusto monarca no gustará de tener competidores... como el gran Enrique, que hallando una vez á Bellegarde escondido en el cuarto de su amada, dijo con calma: "dejemos vivir á los demas."

Cossé. Yo creo que nuestro augusto monarca no se hallará jamas en semejante caso. Los galanteos ahora no pasan de las gradas del trono.

Meulan. Quién sabe...! tal caballero puede haber cuya vanidad le ciegue hasta el punto de hacerle poner los ojos en hermosura muy alta.

Cossé. Qué quereis decir?

Lansac. (*Aparte.*) Se turba!

Meulan. No hagais caso, marques: esto no es ninguna alusion. Ya sabemos que estais aqui en compañía de una linda costurera del barrio de San Luis.

Todos. Nos lo han dicho.

Cossé. Y os han dicho la verdad.

Lansac. En ese caso no será ninguna indiscrecion el suplicaros que nos hagais el gusto de enseñarnos esa hermosura que ha tenido la alta gloria de conquistar el duro corazon del rígido marques de Cossé. Siendo una costurera... no es cosa de consecuencia!

Todos. Sí, sí: queremos verla!

Cossé. Siento en el alma, señores míos, no poder satisfacer vuestra curiosidad; pero esa jóven pertenece á una honrada familia, y para mí su reputacion es tan sagrada como la de cualquier dama de la mas alta nobleza.

Lansac. Tiene muchísima razon el marques: no debe cometer con ella semejante traicion; pero sin que vuestro honor se comprometa, nosotros la veremos: aqui nos vamos á estar hasta que os marcheis... que alguna vez será...

Cossé. (*Aparte.*) Esta es una intriga de la corte...! algo se

ha traslucido! — Espero, señores, que no pondreis en práctica semejante proyecto.

Lansac. Y quién nos lo ha de impedir? Este es un jardín público, y de aquí nadie nos puede echar.

Cossé. Pero reflexionad que eso sería faltar á las consideraciones que deben guardarse recíprocamente las personas de calidad.

Chatenay. A vos, marques, os guardaremos cuantas hay que guardar; pero una costurerilla no merece que...

Cossé. Merece las mismas que yo, señores, porque está conmigo!

Lansac y los marqueses. (Riendo.) Ja, ja, ja...!

Meulan. La razon que nos da es original...!

Lansac. Vos mereceis todo nuestro respeto; pero lo que es á la costurera la hemos de ver, aunque sepamos estarnos aqui de centinela hasta el año que viene.

Cossé. Vizconde...! sabeis que eso es una traicion?

Chatenay. No tenemos otro pasatiempo.

Lansac. Y como en ello no sufre tacha alguna vuestra nobleza, os repito que la hemos de ver.

Cossé. Pues no la vereis! Por el pronto trataré de impedirlo... y luego, vizconde, os pediré satisfaccion.

Lansac. Perfectamente! Asi como asi, somos rivales.

Cossé. Y veo que esa es la principal causa de la venganza desleal que quereis tomar de mí.

Lansac. Marques, yo tomo la venganza donde se me presenta.

Cossé. Me dareis satisfaccion!

Meulan. (Aparte riendo.) Bien! que se acalora!

Lansac. En cuanto veamos á la niña, estoy á vuestras órdenes.

Cossé. Eso que decís es una vileza!

Lausac. Marques!

Chatenay. (Poniéndose por medio.) Señores...! calma...!

(A Cossé.) Yo por el pronto, os apuesto tres mil doblones de oro á que vemos á la muchacha que está en el pabellon.

Meulan. Yo me agrego á la apuesta.

Los demas. Y yo!

Lansac. Poco á poco: este negocio es mio. Justamente me hacen mucha falta esos tres mil doblones.

Cossé. Tres mil doblones de oro...! Bien! estan apostados.

(Entrase en el pabellon.)

Chatenay. Delicioso lance!

Meulan. La vemos sin remedio!

Choisi. Ellos por allí han de salir.

Reina. (Que desde el principio de la escena ha ido entreabriendo poco á poco la ventana.) Cossé...! todo lo he oído...! Soy perdida!

Lansac. A la mesa, señores: este es nuestro campamento. Vamos á beber.

Chatenay. Quereis que juguemos una partida de ajedrez?

Lansac. Buena idea! Marques! —Mozo...! mozo...! El ajedrez. (Un mozo que sale, va por él, y lo trae.)

Reina. No me cabe duda: alguien lo ha sospechado: este es un golpe de muerte que quieren darme mis enemigos. Fatal imprudencia...!

Cossé. No se desanime V. M...! antes de cederles la victoria, es preciso combatir.

Reina. Pero cómo es posible que salgamos de aquí sin que me vean...? Ellos se estarán ahí toda la noche... No hay remedio, Cossé...! soy perdida... Y qué escándalo en la corte...!

Cossé. Cierto...! el peligro es grande...! y no veo remedio...! —Cielos...! qué ocurrencia...! el medio es diabólico... y qué sé yo...! Pero con dinero...

Reina. Qué pensáis...?

Cossé. Los momentos son preciosos: dejadme obrar. (Llama al cordon de la campanilla.)

ESCENA XIV.

DICHOS. RAMPONNEAU.

Ramponneau. Voy allá! voy allá! —Hola! que todavía están aquí estos señores!

Meulan. Y aquí pensamos pasar la noche.

Lansac. En prueba de lo cual, ya puedes disponer que nos sirvan aquí una espléndida cena... que pagará el marques de Cossé.

Meulan. (Bebiendo.) A la salud del marqués de Cossé!

Ramponneau. (Aparte.) Estos jóvenes comprometen mi establecimiento.

Chatenay. Vizconde, si no pones cuidado, voy á darte jaque al rey.

Lansac. Hombre...! pobre rey!—(*Aparte mirando al pabellon.*) Dos jaques en un dia! (*Cossé vuelve á tocar la campanilla.*)

Ramponneau. (*Yendo al pabellon.*) Voy allá, voy allá.
(*Entrá.*)

Cossé. Ven acá, Ramponneau!

Ramponneau. Quereis ya los postres?

Cossé. Escucha. Esta pared es maestra, ó solamente un tabique?

Ramponneau. Un tabique que separa mi establecimiento del jardin de Pomona; otra fonda contigua, pero que no prospera al lado de la mia.

Cossé. Tienes treinta mil libras si antes de media hora haces abrir un boquete en esta pared.

Meulan. Que te va á comer esa torre.

Lansac. Poco á poco: no vale avisar.

Ramponneau. Y podreis explicarme...?

Cossé. Nada: que es indispensable salvar á cualquier precio el honor de esta señora, y que si haces abrir aqui una salida por donde pueda evadirse, ganas treinta mil libras: el vizconde de Lansac será quien las pague, que las ha apostado.

Lansac. Qué dirá S. M. cuando sepa...

Chatenay. Qué dirá? Esto. (*Jugando.*) Jaque á la reina.

Cossé. Has entendido?

Ramponneau. Sí, señor: esos caballeros se han apostado ahí para ver salir á esta señora; y vos quereis burlarlos haciendo que se escape por medio de la pared.

Los marqueses. (*Llamando.*) Ramponneau!

Ramponneau. (*Desde el pabellon.*) Voy allá.

Cossé. (*Deteniéndole.*) Otra cosa. A fin de que esos señores no oigan los golpes, tráete la música y el baile cerca de este pabellon.

Ramponneau. Ya estoy. (*Sale del pabellon.*)

Meulan. (*Dándole botellas vacias.*) Mira que nos falta batería de sitio.

Ramponneau. Quereis mas Champaña?

Chatenay. Sí...! Champaña hasta reventar!

Ramponneau. Sereis servidos. (*Aparte yéndose.*) Treinta mil libras...! un boquete abierto...! cuánto se va á aumentar la celebridad de mi fonda!

ESCENA XV.

EL VIZCONDE y LOS MARQUESES en el jardín: COSSÉ y LA REINA en el pabellon.

Reina. Lo podrá conseguir?

Cossé. Yo tengo mucha esperanza: el oro; que todo lo puede, no ha de poder derribar una débil muralla?

Reina. Mis enemigos no se han descuidado. Esto es cosa del ministro, que me hace guerra abierta mucho tiempo há: se ha valido de ese botarate de su sobrino para perderme. Pero si me libro de esta, yo les prometo á uno y á otro que me la han de pagar. Ay! Cossé! Si Ramponneau me salva lo hago primer ministro.

Cossé. Señora, no lo haria mucho peor que el que tenemos. Pero convenga V. M. en que si nos salvamos con las treinta mil libras de nuestro enemigo, es un golpe chistosísimo!

Chatenay. Jaque — mate!

Lansac. Es verdad! — No estoy para jugar esta noche.

ESCENA XVI.

DICHOS. LISETA, con botellas.

Liseta. Aquí esta el vino, señores.

Meulan. (Abrazándola.) Ven aquí, deliciosa criatura!

Liseta. Vaya! siempre que venís es lo mismo!

Chatenay. A ver si sonsacamos á esta chica, y la hacemos charlar...

Liseta. Charlar...? pues no deseo otra cosa: sonsáquenme sus mercedes.

Lansac. Dime: has visto tú al caballero y á la dama que estan en ese pabellon?

Liseta. Vaya si los he visto! — Mi padrino me mandó que me fuera adentro; pero yo me escondí tras de los árboles.

Meulan. (Abrazándola.) Qué ingenio tiene!

Liseta. Otro! — Pues me escondí, y los estuve viendo. El caballero... es un caballero muy guapo...

Chatenay. Bien ; pero y la dama?

Liseta. La dama...—Lo que es el caballero tiene un aire muy galan...!

Lansac. Pero la dama, la dama...

Liseta. La dama es asi... Lo que es el caballero tiene un modo de andar tan...

Meulan. Tiene ojos azules?

Liseta. El caballero tiene ojos negros.

Lansac. Llévete el diablo con el caballero! te hablamos de la dama.

Liseta. A la dama no la he visto bien. Como iban de paso, y yo le miré primero á él... (*Voces dentro: En baile...! en baile...! Las parejas de baile, en gran número, salen y se colocan ocupando todo el foro: la orquesta viene tambien y se coloca en el centro.*)

Meulan. Qué muchachas tan lindas! (*Llégase con los demás á mirarlas.*)

Cossé. El baile se ha venido aqui cerca: esto me prueba que Ramponneau ha vencido las dificultades.

Lansac. Camaradas, no perdamos de vista el pabellon ; la aproximacion de esta gente puede ser un ardid de guerra para escaparse. Ojo avizor! (*Óyense golpes sordos en la pared interior del pabellon.*)

Cossé. Oís, señora...? ya vienen en socorro nuestro...! hemos triunfado!

Reina. Ah! vizconde...! cómo me voy á vengar de tí! (*Empieza á tocar la orquesta, y se da principio á la contradanza.—Continúan los golpes en el pabellon, y se ven caer hácia dentro pedazos de pared.*)

Cossé. (*Saliendo del pabellon.—Al vizconde.*) Vizconde, en nombre del honor, no os empeñeis en deshonorar á una pobre muger!

Lansac. Marques, vos teneis miedo.

Cossé. No: lo siento por vos, que faltais á todas las leyes de la galantería. Por última vez os pido que desistais de la apuesta.

Lansac. Desistir? La doblo, si quereis.

Cossé. Merecáis que lo aceptase.

Lansac. Pues bien: apuesto sesenta mil libras á que veo á esa dama.

Cossé. Apuesto á que no la veis.

Lansac. Si tan seguro estais, á qué volveis á rogarme?

Cossé. Porque vos no os deshonreis y os perdais.

Lansac. Marques! (*El boquete está abierto: Ramponneau se le por él, da la mano á la reina, y se la lleva por el mismo sitio.*)

Cossé. Nada: no hay mas que hablar. Ademas de la apuesta, mañana nos veremos en el bosque de Verrières. Qué armas?

Lansac. La espada. Allí teneis á mis padrinos. Llevareis vos por vuestra parte á esa dama?

Cossé. Pudiera ser.—Hasta mañana. (*Éntrase en el pabellon, cierra, y desaparece por el boquete.*)

Lansac. (*Riendo.*) Ja, ja...! hasta mañana...!

Los marqueses. (*Llegándose á él.*) Qué es eso?

Lansac. Hemos doblado la apuesta. Yo creo que él tiene esperanzas de escaparse á favor del tumulto del baile.

Meulan. Pues firmes aqui, y ojo á la puerta.

Chatenay. Firmes hasta el dia del juicio! Bueno fuera que el filósofo nos la pegara! Hemos de verla!

Todos. Hemos de verla!

ESCENA XVII.

DICHOS. RAMPONNEAU.

Ramponneau. (*Asomándose á la ventana del pabellon.*)

El pájaro ya voló!

Todos. Ramponneau!

Lansac. En el pabellon...! Por dónde diablos has entrado?

Chatenay. Eres brujo?

Lansac. Responde: por dónde has entrado ahí?

Ramponneau. Toma! por donde ha salido la que estaba dentro.

Los marqueses. Qué oigo! (*Corren al pabellon.*)

Lansac. Será posible...?

Ramponneau. Cuando digo que el pájaro ya voló!

Meulan. (*Que ha registrado el pabellon.*) Vizconde! este pícaro nos ha arruinado!

Lansac. Se marchó...! y no nos avisas...!

Ramponneau. La reserva es mi virtud favorita...! y por ahora me vale treinta mil libras.

Lansac. Tunante...! (*Dándole un empellon.*) Soy yo quien las paga!

Los marqueses. (Riendo.) Ja, ja...! pobre vizconde!

Mculan. (Desde el pabellon.) Vizconde...! vizconde...! La dama se ha dejado el abanico sobre la mesa!

Los marqueses. El abanico!

Lansac. (Mirándolo.) Un abanico de corte...! Oh...! aun no estamos vencidos!

Los marqueses. Cómo?

Lansac. Aqui tengo el desquite!



Acto segundo.

Un salon en el palacio de Versailles.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA DE GRAMMONT. EL VIZCONDE DE LANSAC.

(La duquesa tiene un abanico igual al que sacó la reina en el acto primero.)

Duquesa. Y se puede dar crédito, vizconde, á esa novela que me estais contando?

Lansac. A fé de caballero, prima mia. Ya ves que no habia yo de querer desacreditarme con la primera dama de honor de nuestra escelsa soberana, forjando una mentira.

Duquesa. Como te llaman la gacetilla de palacio...

Lansac. No importa: aunque gaceta, es verdad lo que digo. No hay mas: el marques de Cossé acaba de añadir á sus títulos el de marques de rompe-tapias.

Duquesa. Y no pudiste ver á la dama que iba en su compañía? Seguro que no, porque de lo contrario, ya lo sabriamos todos.

Lansac. Y qué he de hacer! Es preciso tener entretenido al rey; y para esta mañana ya hay tela cortada con esa historieta. En resumidas cuentas, el caso fue que nos estuvimos clavados á la puerta del pabellon, acechando la salida de la dama; pero gracias á Cossé, y á treinta mil libras que dió de gratificacion... es decir, que tengo yo que dar á ese canalla de Ramponneau...

Duquesa. Y bien?

Lansac. La dama que hacia compañía al filósofo se evaporó... taladró la pared, como una sílfide. Aunque me cuesta algo cara la invencion, es preciso confesar que tiene agudeza.

Duquesa. Como todo lo que hace Cossé: es un hombre que se distingue tanto por su ingenio, cuanto por la nobleza de su corazon.

Lansac. Te doy gracias por la noticia.

Duquesa. Ya sabes que hago profesion de imparcial. Y como esta es virtud algo rara en palacio...

Lansac. Sí, tú haces justicia á todos, menos á mí.

Duquesa. (Con ironía.) Te equivocas, primo mio: á tí te hago mas justicia que á nadie.

Lansac. Entonces por qué dilatas constantemente el dia de nuestro enlace?

Duquesa. Por qué... porque quiero disfrutar un poco mas de mi actual libertad. — Y ademas, dos años de viudez no creo que sea suficiente sacrificio á la memoria de mi esposo el difunto duque de Grammont.

Lansac. Respeto tan legítima causa; pero sin embargo, querida prima...

Duquesa. Y nadie ha sospechado quién podria ser la dama que estaba en compañía de Cossé?

Lansac. Mucho te interesa la aventura de Cossé, prima mia!

Duquesa. Qué quieres! los héroes de novela tienen la virtud de hacer que todos piensen en ellos. Esta vez has andado poco diestro, primo mio: me has contado el lance para poner en mal lugar á Cossé, y no has reflexionado que el hombre que se sacrifica por salvar el honor de una muger, ha de interesar por fuerza á las mugeres.

Lansac. (Aparte.) Es verdad! tonto de mí!

Duquesa. A Dios, primo.

Lansac. Cómo... ya me dejas?

Duquesa. Me dijiste que nuestro tio el ministro estaba indispuesto y no salia; y he pedido permiso á la reina para ir á hacerle compañía. A Dios! — Nos veremos luego, en la tertulia del rey.

ESCENA II.

EL VIZCONDE.

(*Sentándose.*) La buena de mi señora prima, tendrá alguna inclinacion á Cossé? Ella es libre, y en Versalles todos saben que despreció su mano. Pues el ministro nuestro tio acaba de reiterarme la oferta: dice que la duquesa será mi esposa, asi que triunfemos; y en cuanto á mis deudas, ya tengo aqui un bono de treinta mil libras contra el tesorero de palacio. Despues de la estocada que me ha dado Cossé en este brazo, ya no puedo dejar de entregarle el dinero de la apuesta sobre la marcha. Afortunadamente el abanico de la reina está en nuestro poder, y esta prueba irrecusable nos asegura la victoria. (*Oyese dentro una marcha.*) Qué es esto? Ah! el rey que vuelve de paseo. Ya hice que le diesen esta mañana la relacion en verso, muy circunstanciada, de la aventura de anoche... sin nombrarle por supuesto personas. Mucho se reirá hoy... pero mañana puede que...

Un ugiér. (*Anunciando.*) El rey!

ESCENA III.

EL VIZCONDE. EL REY. ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. La mañana ha sido hermosa; pero se prepara un día de mucho calor: hoy no iremos á caza, señores. Esta tarde tendremos tertulia en la sala de las flores. Duque de Maillé, jugaremos una partida. Hasta despues, señores.—Quedaos, vizconde.

ESCENA IV.

EL REY. EL VIZCONDE.

Rey. Os doy las mas espresivas gracias, vizconde de Lansac: vuestra gacetilla de hoy ha disipado completamente el acceso de melancolía que se apoderó de mí y me obligó á salir de palacio: tanto ha sido, que he vuelto antes de lo que pensaba.

Lansac. En ese caso, señor, aplaudo mi feliz ocurrencia.

Rey. Pero, la verdad; no hay en esto algo de exageracion poética? Esta estrofa...

“Antes los fuertes varones
rompian en la batalla
por medio á los escuadrones:
hoy rompen los campeones
por medio de una muralla.”

Y esta otra...

“Y la dama se escapó;
y ninguno en el camino
descubri-la consiguíó;
mas su abanico olvidó
junto á una copa de vino.”

(*Riendo.*) Con que ellos estaban cenando?

Lansac. Sí, señor; y qué cena! digna de un rey!

Rey. Vizconde, la gacetilla de hoy es graciosísima, pero le falta una cosa.

Lansac. El qué, señor?

Rey. Qué ha de ser? los nombres de los héroes.

Lansac. V. M. me dispensará... En cuanto á la dama, nadie pudo verla: lo que es el caballero...

Rey. Ese no puede ser otro que el libertino del conde de...

Lansac. No, señor, no es conde. Y se puede apostar á que no lo acierta V. M. El héroe de la novela ocurrida en la fonda de Ramponneau, admírese V. M...! es el marques de Cossé!

Rey. Cossé...? Cossé...? el hombre mas frio... mas filósofo... Pues yo creía que estaba algo inclinado á vuestra hermosa prima.

Lansac. Sí, señor: el filósofo aspiraba á su mano; pero razones de familia estorbaron ese enlace, y sin duda para consolarse...

Rey. (*Sentándose.*) Cossé en aventuras amorosas! (*Riendo.*) Ah, ah...! vaya, si no me lo dijera mi gacetilla oficial, la verdad, Lansac, no lo creería. Y puede que os hayan engañado.

Lansac. Señor, todo lo que esta humilde gaceta ha tenido la honra de transcribiros, es la pura verdad. Ya lo cree-

rá V. M. cuando le diga que en esa aventura he sido yo mismo el burlado.

Rey. Vos...! de veras...? Y quién os ha dicho que la costurera era una dama de la corte?

Lansac. Señor, este abanico acusador...

Rey. (Tomándolo.) Ah! sí, el abanico que olvidó junto á la copa de vino. A verlo. — Calla...! pues es uno de los abanicos que regalé yo á las damas el día de San Luis!

Lansac. Sí, señor.

Rey. Pero como todos ellos, incluso el de la reina, los mandé hacer iguales, resulta que nos quedamos en la misma duda.

Lansac. Es cierto. Hasta ahora lo que tenemos adelantado es saber que es una dama de palacio.

Rey. Y no teneis alguna sospecha de quién pueda ser? Vamos, hablad con franqueza.

Lansac. Ninguna, señor. Además, el hecho es tan grave... la opinion de la dama está tan comprometida... que aunque V. M. se ríe ahora... quién sabe si luego desearia que un profundo silencio...

Rey. (Levantándose riendo.) Qué disparate! El lance es muy curioso, y quiero apurarlo. Es preciso averiguar á toda costa quién es la dama de mi corte que se va á cenar... quizá muy inocentemente, á la fonda de Ramponneau.

Lansac. Y V. M. tampoco tiene ninguna sospecha...?

Rey. No; pero esta tarde en la reunion voy á dar un golpe maestro...! vereis cómo nos divertimos! Aqui estoy esperando á la reina, y voy á contarla...

Lansac. (Aparte.) Malo! — Si V. M. permite que me retire...

Rey. (Caviloso.) No: quedaos... Tengo algo mas que deciros... y pensándolo mejor, no quiero contarle nada á la reina... el lance es algo serio.

Lansac. (Aparte.) Se ha puesto serio...! Tengamos serenidad.

ESCENA V.

DICHOS. LA REINA.

Reina. (Saliendo sin ver al rey.) Qué fatal descuido el mio...! — Cielos! el rey, y el vizconde con él!

Lansac. (Aparte.) Qué cortada está!

Reina. Cómo! vos aquí...! Yo os hacia en el parque.

Rey. El calor me ha hecho meterme en palacio: acabo de entrar.

Reina. Efectivamente... el sol quema hoy bastante.

Rey. Sí... creo que era el día mas á propósito para llevar un abanico...

Reina. (Aparte.) Un abanico...! Sospechará...?

Lansac. (Aparte.) Cómo se ha turbado!

Rey. (Con risa forzada.) A fé de caballero, os digo, señora, que compadezco á la dama que no saque hoy su abanico.

Reina. (Aparte.) No hay duda: tiene sospechas.

Lansac. (Aparte.) Baja los ojos... bueno!

Rey. Venid, vizconde.— El vizconde y yo estamos disponiendo para esta tarde una sorpresa que... creo que os divertirá... lo espero asi á lo menos. Y vos que sois tan amiga de saber aventuras...

Reina. Contadme...

Rey. (Riendo.) Ah, ah...! ya lo sabreis despues... y veremos si os reis con nosotros... Ah, ah...! venid, vizconde. (*Vase con el vizconde.*)

ESCENA VI.

LA REINA.

No me cabe duda! el abanico que me dejé olvidado en el pabellon está ya en poder del rey. Ese infame vizconde...! Qué infernal alegría brillaba en sus ojos al verme cortada! Su tio el ministro es quien le dirige...! como si lo viera...! Y mi impertinente curiosidad le ha dado armas para combatirme. Bien sabe él que mi influjo con el rey acabaria por derribarlo, y asi trabaja por perderme. Pero aun no he caido; y si logro conjurar la tempestad, me ha de pagar lo que estoy padeciendo!

ESCENA VII.

LA REINA: LA DUQUESA.

Duquesa. Mi tio me ha detenido en su cuarto, y... Cielos! la reina! — Señora...

Reina. Duquesa...! — Ah! á propósito llegais: sacadme del cuidado. Acaban de decirme que vuestro tío el ministro está gravemente indispuerto.

Duquesa. No, señora: su indisposicion no ofrece el menor cuidado.

Reina. Ah! me alegro! pobre ministro...! como trabaja tanto...! Pero se decia como positivo...

Duquesa. Sí, señora, se decia; pero ya se ha levantado.

Reina. Mas vale asi. — Estuvisteis en el baile de la duquesa de Noailles?

Duquesa. No, señora: soy poco aficionada á esas concurrencias. Tenia ademas otras razones para no asistir: la primera, que quiero guardar esa consideracion á la memoria de mi esposo, que, aun difunto, la respeto: y otra es que los bailes en el mes de Agosto, y con el calor que hace... (*Se abanica.*)

Reina. (*Aparte.*) Tambien esta! — Oh! duquesa, vuestros rígidos principios son bien conocidos; y sin embargo no faltan envidiosos que digan si el marques de Cossé ha andado en pretensiones...

Duquesa. Es cierto, señora; pero nadie ignora tampoco que ha renunciado á ellas, desde que el ministro mi tío le rehusó mi mano.

Reina. Vuestro tío, sí; pero, y vos?

Duquesa. (*Picada.*) Yo, señora! yo habia de atreverme á distraer la atencion de un caballero que veía tan solícito al lado de V. M., consagrando su amor... de vasallo respetuoso á la magestad soberana de su reina?

Reina. Duquesa!

Duquesa. Señora... no creo haber dicho nada que disguste á V. M.

Reina. (*Disimulando.*) No... sino que hace un calor en esta sala...!

Duquesa. (*Abanicándose.*) Es verdad.

Reina. Podeis retiraros, si gustais.

(*La duquesa hace una profunda reverencia, y se retira sin cesar de abanicarse.*)

ESCENA VIII.

LA REINA.

Ah! me ahoga la ira! No hay duda: la aventura ha cor-

ruido ya por palacio: el vizconde lo ha contado á todo el mundo...! Con qué insolencia se abanicaba...! Ese fatal abanico va á ser la causa de mi ruina...! Pero no desmayemos: el rey no sabe nada todavía... solo tiene sospechas... mi influjo es poderoso... él me ama...

ESCENA IX.

LA REINA. EL MARQUES DE COSSÉ.

Reina. (Yendo á su encuentro.) Qué hay, marques?

Cossé. Señora, Ramponneau dice que no ha encontrado nada. Pero el vizconde y sus amigos entraron en el pabellon, y sin duda el abanico está en su poder.

Reina. No hay remedio, Cossé, mi desgracia es cierta...! un claustro me espera!

Cossé. Y á mí la Bastilla, señora! — Y es cosa cruel vernos tratados como criminales por un hecho tan inocente!

Reina. Pero no os queda medio alguno de conjurar la tempestad? Y he de verme humillada, perdida, por ese infame vizconde de Lansac, que tanto aborrezco? Pues y la duquesa de Grammont, que acaba de marcharse de aqui, casi insultándome con el abanico!

Cossé. Qué decis?

Reina. El tormento que he sufrido...!

Cossé. Ha estado aqui la duquesa?

Reina. Sí; y me ha hablado con un tono de triunfo...! Ah! no hay nada mas horroroso para una muger, que verse humillada por otra y no poder vengarse!

Cossé. Acaso V. M. habrá interpretado mal sus palabras...

Reina. Vos la defendeis, marques?

Cossé. Yo, señora! yo defenderla! Pues no sabeis que va á casarse con su primo el vizconde?

Reina. Su mano es sin duda el premio de mi ruina! Su tío se la da en cambio del abanico que le ha traído! Y esa muger tan vana con su virtud... — Cielos! qué idea me ocurre! Cossé, vos habeis pedido la mano de la duquesa, y ella os deja por el vizconde.

Cossé. Por ese fátuo!

Reina. No hay duda, le prefiere, puesto que se va á casar con él.— Ah! Cossé, si quereis, aun puedo salvarme... Oh! qué inspiracion del cielo...! Cossé, la duquesa

debe amaros todavía... Su abanico es exactamente igual al mio...

Cossé. Pero, señora, el honor me prohíbe..

Reina. Silencio! que viene el rey.

ESCENA X.

DICHOS. EL REY.

Reina. Llegais á tiempo para ayudarme á conseguir del marques que nos cuente esa aventura caballeresca que le sucedió ayer en París: segun parece, todos la saben en palacio, y yo sola la ignoro.

Rey. Ah! no os ha contado Cossé la facilidad con que sabe taladrar las paredes para poner en salvo á una hermosura! Amadis de Gaula no hubiera hecho mas!

Cossé. Seguro estaba yo de que llegaría inmediatamente á oídos de V. M., y seguro tambien de que no condenaría una accion que ha contribuido á salvar el honor de una dama.

Rey. Sí, yo apruebo la resolucion; pero el triunfo hubiera sido mas brillante si el caballero no hubiese perdido una prenda en la refriega.

Cossé. Qué quereis decir, señor?

Rey. Que el prudente Cossé no debió dejar en poder de sus enemigos la única prueba que podía hacer inútil su inspiracion.

Cossé. (*Aparte.*) No hay duda!

Rey. (*Aparte.*) Lo tiene!

Cossé. Y ese abanico qué es lo que prueba, señor? Que una dama de la corte, por hallar un rato de inocente distraccion, ha querido descender del olimpo á la tierra... No trato de negarlo: una dama de notable hermosura y elevada cuna me rogó que la acompañase en secreto al célebre jardin de Rampónneau: la casualidad, segun creo, hizo que se hallase allí una cuadrilla de aturdidos, que interpretando malignamente aquel paso, imprudente quizá, pero de todo punto inculpable, se empeñó en conocer, á pesar mio, á la dama que iba conmigo. Yo me piqué en el juego, y ninguno la vió. Por desgracia, la dama olvidó allí su abanico, y por este indicio, que nada prueba, se trata de averiguar quién era la perso-

na que se habia fiado de mi lealtad, de mi reserva, logrando por este medio que una dama, cuya inocencia protesto de nuevo, se vea deshonrada, perdida sin remedio!—Señor, bajo el reinado de vuestro augusto abuelo ninguna dama se hubiera visto espuesta á semejante riesgo en la corte de Francia. Luis XIV hubiera mandado á sus cortesanos respetar un misterio que servia para proteger la virtud de una muger, ó encubrir un instante de debilidad.

Reina. (Aparte.) Qué bien dicho!

Rey. Marques de Cossé, habeis hecho una defensa muy elocuente y patética; pero yo sé que mi abuelo, en medio de su proverbial galantería, hubiera querido averiguar la verdad. Nombradle á vuestro rey, á mí solo, la dama cuya virtud defendeis con tanto fuego, y yo os doy mi palabra real de que la será devuelto inmediatamente su abanico, y nadie, sino vos y yo, sabrá el nombre de esa misteriosa compañera.

Cossé. Señor, conozco á fondo el magnánimo corazón de V. M.; pero he jurado no descubrir su nombre á nadie.

Rey. Ni á mí, Cossé?

Cossé. Mucho menos á vos, señor! porque el aprecio del rey de Francia es la prenda de mas estimacion para una muger de honor.

Rey. Qué decís de esto, señora?

Reina. Digo que quizá esa dama ha sido mas imprudente que culpable.

Rey. Siendo asi, por qué guarda Cossé tanto misterio? por qué la dama misma, sabiendo que su abanico está en mi poder, no viene á implorar mi clemencia, si es culpada, ó mi justicia, si acaso la calumnian?

Reina. (Aparte.) Esto no es mas que un lazo.

Rey. El abanico quiero entregárselo yo mismo á la que le ha perdido, y para averiguar quién es, he mandado que todas las damas de mi corte á quienes hice igual regalo, se presenten esta tarde en la reunion... y desgraciada la que no traiga su abanico!

Reina. Muy bien pensado!—Y justamente yo me he salido de mi cuarto sin él: voy á tomarlo. (*Aparte yéndose.*) Soy perdida...! qué haré, Dios mio!

ESCENA XI.

COSSÉ. EL REY. *Luego* EL VIZCONDE.

Rey. (Aparte contento.) Ah! ya estaba yo seguro de que no podía ser ella. El ministro no perdona ocasion de acusarla. Es preciso que ponga yo fin á semejante persecucion.

Cossé. (Aparte.) Solo un milagro puede salvarnos.

Lansac. (Saliendo.) Señor, el nuncio de Su Santidad, llamado de vos, espera en esa sala.

Rey. Voy al momento.—*Cossé,* estoy muy satisfecho de vos.

Lansac. (Aparte.) Hace bien en estarlo.

ESCENA XII.

COSSÉ. EL VIZCONDE.

Lansac. Marques, aqui teneis el dinero de la apuesta. No olvideis que he de tomar desquite, y tengo juego para ganaros la partida.

Cossé. Veremos, señor vizconde.

ESCENA XIII.

COSSÉ.

Para salvar á la reina no hay mas que un medio... pero ya que apelemos á él, sea llevándolo á cabo, como hombre de honor.

ESCENA XIV.

COSSÉ. LA DUQUESA.

Cossé. Qué veo! La duquesa de Grammont!

Duquesa. Sí, marques; la duquesa, que acaba de saber vuestra ruidosa hazaña en la fonda de Ramponneau.

Cossé. Ah! ya os han contado...

Duquesa. La aventura amorosa en que habeis figurado como diestro paladin!

Cossé. Y no os han dicho mas?

Duquesa. Que habeis hecho prodigios para salvar el ho-

nor de vuestra dama; y en eso he reconocido vuestra exquisita galantería.

Cossé. Según veo, nada os han dicho acerca de las sospechas que se tienen de la dama que me acompañaba?

Duquesa. No, nada me han dicho.

Cossé. Ya, es natural; pero antes que lo sepais de otra boca, quiero advertiros yo mismo las suposiciones que la mas infame calumnia anda esparciendo por palacio.

Duquesa. Me poneis en cuidado! qué quereis decir?

Cossé. Perdonad, duquesa, si para ello tengo que recordaros cosas pasadas. Ya sabeis que yo aspiraba á vuestra mano, y que con tan dulce esperanza, os consagré públicamente un tiempo mi amor y mis obsequios.

Duquesa. Sí, me acuerdo; pero qué...

Cossé. Yo os amaba con locura, y mi mas halagüeña esperanza, mi mayor felicidad se cifraban en merecer el nombre de esposo vuestro... pero esta ilusion no se realizó.

Duquesa. (*Cubriéndose el rostro con el abanico.*) Por Dios, marques, no recordeis ahora...

Cossé. Aquellas esperanzas de felicidad se desvanecieron como un sueño... y sin embargo no me ha quedado mas consuelo que el recuerdo de tiempos tan dichosos!

Duquesa. Sí...! con otros consuelos ademas que buskais en persona mas elevada...!

Cossé. Ah! esa es una calumnia que vos no podeis creer. Bien segura estais de que yo no amo ni puedo amar mas que á vos.

Duquesa. Marques...! permitid que me retire... ese lenguaje... (*Yéndose.*)

Cossé. Ah! dignaos escucharme... en ello va mi felicidad... y acaso la vuestra.

Duquesa. La mia?

Cossé. Anoche, una dama, que nadie logró descubrir...

Duquesa. No me volvais á contar la aventura: ya la sé; y me admira que una muger que se respeta á sí misma...

Cossé. Sí; pero lo que no sabeis... lo que no sé cómo decir, es que la calumnia ha osado dirigir sus tiros contra la mas pura virtud, contra una muger que yo he jurado amar y respetar toda mi vida.

Duquesa. Cómo...! vos acabais de decirme que no amais ni amareis á ninguna sino á mí...!

Cossé. Pues bien, señora... vuestro nombre es el que se atreven á pronunciar.

Duquesa. Mi nombre...! qué escucho...! á mí me calumnian...! Dios eterno...! yo me muero...! (*Cayendo en un canapé.*)

Cossé. Adelaida...! tranquilizaos...! (*Apodérase del abanico, y la hace aire.*) Qué arrebatada estais...! volved en vos!

Duquesa. Ah! Marques de Cossé, á vos os toca declarar públicamente la verdad... yo lo exijo de vuestro honor...!

Cossé. Pero es que yo no puedo nombrar á la dama... Yo me esforzaré en proclamar vuestra inocencia... á pesar de la afrenta que he recibido de vuestro tío el ministro, y de vuestro primo el vizconde... pero eso no bastará, y... En fin, duquesa, un solo medio se presenta: yo os pido nuevamente la mano de esposa.

Duquesa. Pero no veis que si ahora me caso con vos, se confirmarán las sospechas, lejos de desvanecerse? Gran Dios...! yo con esa mancha en mi opinion! Ah! este golpe acaba conmigo...! (*Llora.*)

Cossé. Adelaida...! creed que mi respeto... mi amor...

Duquesa. Dejadme...! dejadme...!

Cossé. A vuestro pies permanezco hasta que me concedais vuestra mano.

Duquesa. Cielos...! la reina...! me habeis perdido! (*Se va precipitadamente.*)

ESCENA XV.

COSSÉ. LA REINA.

Cossé. Tomad, señora, tomad el abanico... salvad vuestro honor... confundid á vuestros enemigos... (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LA REINA. Luego EL REY. EL VIZCONDE. CABALLEROS.

Reina. Qué es esto...! cómo ha logrado...? yo no estoy en mí...! Ah! Cossé! cuánto os debo...! El rey viene... y el vizconde... Oh! ya no le temo!

:

Rey. Cuando gustéis, señora, podemos pasar á la sala de la reunion. No venís?

Lansac. (*Aparte.*) Llegó el momento de mi triunfo!

Reina. Cómo no he de ir! Espero pasar una tarde muy agradable! (*Abanicándose.*)

Lansac. (*Aparte.*) Qué veo!

Rey. (*Aparte con gozo.*) Ah! no era ella!

Reina. Sabéis que estoy acostumbrada á leer en vuestros ojos los mas escondidos pensamientos... y sé lo que hasta ahora os tenia inquieto, merced á las sanas intenciones de la familia del duque de Argenson, vuestro querido ministro... pero soy tan generosa, que os perdono. (*Pasando por delante del vizconde, abanicándose.*) Vizconde de Lansac, no os parece que aqui en Versalles hace un calor insufrible? A vos debe haceros mucho daño: será mejor que vayais á buscar un poco de fresco á vuestros estados del Langüedoc.

ESCENA XVIII.

DICHOS, *menos LA REINA.*

Rey. Qué decís, vizconde?

Lansac. (*Confundido.*) Que yo, señor, nunca he pensado ni por sueños...

ESCENA XIX.

DICHOS. *COSSÉ.*

Cossé. Señor, vengo al fin resuelto á confiaros el secreto.

Rey. Hola! ya os habeis decidido!

Cossé. Sí, señor; pero me permitirá V. M. que ponga dos condiciones.

Rey. Dos condiciones? bien. La primera...

Cossé. Es que el secreto no ha de salir de V. M.

Rey. (*Haciendo retirar al vizconde.*) Vizconde. (*El vizconde se va.*) — Y la segunda?

Cossé. Que V. M. se dignará hablar en favor mio á su primer ministro, y obtener su consentimiento para mi enlace con su sobrina.

Rey. El consentimiento del ministro... yo os lo ofrezco; pero el de su sobrina...

Cossé. Lea V. M. (*Le da una carta.*)

Rey. Hola! la letra es suya. (*Lee.*) “Marques, enviadme el abanico que me dejé olvidado en vuestro poder cuando tuvimos la entrevista que ha decidido de mi suerte. Mi mano es vuestra: obtened el consentimiento de mi tío. = Adelaida.” — Qué veo...! Con que era la duquesa...? y su pícaro tío queria hacerme creer... Yo le diré...

Cossé. Señor! y vuestra promesa...?

Rey. Es verdad! — Pero aquí viene la duquesa: quiero darla yo mismo el abanico.

ESCENA XX.

DICHOS. LA DUQUESA.

Duquesa. Cossé no me ha respondido, y... Cielos! el rey!

Rey. Acercaos, duquesa, no temais; el rey es amigo y confidente de Cossé, y en su nombre os devuelve este abanico... (*Se le da.*) y se encarga de pedir os vuestro consentimiento definitivo para un enlace que desea hace tanto tiempo.

Duquesa. Señor, mi consentimiento depende del de mi tío.

Rey. Vuestro tío, duquesa, necesita hoy de eso y de mucho mas para tenerme contento.

ESCENA XXI.

DICHOS. LA REINA. EL VIZCONDE. DAMAS.

(*Salen abanicándose todas con afectacion. — La duquesa, al verlas, empieza tambien á abanicarse.*)

Lansac. (*Aparte.*) Calla! pues todas tienen abanico! Yo no sé si el engañado aquí soy yo, ó es el rey; pero positivamente lo es uno de los dos.

Reina. La corte está reunida en el salon, y deseando gozar de la presencia de su monarca.

Rey. Vizconde, id de parte mia á vuestro tío, y pedidle la mano de la duquesa de Grammont para el marques de Cossé.

Lansac. Cumpliré las órdenes de V. M. (*Aparte.*) Treinta mil libras... una estocada... y quitarme la dama...! he quedado lucido!

Reina. (*Aparte.*) Sigo reinando: he recobrado el cetro!
(El rey da la mano á la reina con señales de amor: Cossé á la duquesa.)

FIN DE LA COMEDIA.

